

# DON INDALO DE LA MANCHA

José Siles Artés

En arte, en todas las artes, parece que hay como dos tendencias antitéticas y las dos permanentes e igualmente estimables. Por un lado está el arte decorativo, que puede llegar a recargado, a barroco, por otro el arte esquemático: cuanto menos adorno, cuantos menos trazos mejor. Sería éste el polo sintético, en el que con indiscutible derecho se inserta esa figura, hoy tan popular y universal que llamamos “Indalo”.

El Indalo representa explícitamente un hombre. Consta de cabeza, brazos, tronco y piernas. Los brazos están extendidos y las piernas también. La silueta está compuesta de líneas, la máxima simplificación dibujística.

El Indalo contiene el mínimo de atributos para hacer inconfundible la figura humana. Se podría decir que es su mínima expresión. Es la quintaesencia de su retrato, pero retrato al fin y al cabo.

Pero ¿no tiene el Indalo algo de cruz? Seguro que sí. ¿Y cuál es el diseño de la cruz? Mínimo: sólo dos líneas cruzadas bastan para componerla. Las dos líneas se cruzan y dan lugar a cuatro senos en forma de ángulos rectos.

Podrían no cruzarse las dos líneas, sino simplemente encontrarse en sus extremos para formar un simple ángulo recto, una objetiva representación espacial, geométrica, que clamorosamente, carecería de la carga significativa, alusiva, de la cruz.

La cruz, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, nos transmite, a mi modo de ver, dos mensajes muy subjetivos y humanos. Adoptada por el cristianismo, la cruz se beneficia del auge, consolidación y permanencia de aquella creencia, convirtiéndose en lo que quizá es el símbolo más sobresaliente de todos los tiempos.

El otro mensaje es inherente a su propio diseño, radical ejemplo de arte minimalista. ¿Qué se esconde detrás de la cruz, a qué se refiere o en qué se inspira la cruz?

No es fácil responder a las primeras de cambio, y no lo es en referencia a todo símbolo que haga de la simplificación su meta. Hay símbolos, la mayoría quizá, que se inspiran en la filosofía de la evidencia, que incorporan elementos patentes, inequívocos de identificación. Pueden ser cadenas, un castillo, un puño cerrado, una pluma de ave, un libro, etc. etc

Recapacitando un poco, sin embargo, caemos en que la cruz es un esquema del cuerpo humano. Consta de cabeza, brazos y una pierna, síntesis de las dos que tiene el hombre. En este armazón encaja perfectamente el cuerpo de un hombre con los brazos extendidos y las piernas juntas.

A la cruz no le sobra nada, nada se le puede quitar sin alterar sin perder su poder evocativo concreto. Un hombre de pie con los brazos extendidos horizontalmente y las piernas juntas es una cruz, y una cruz de pie es, simbólicamente un hombre. El uno por el otro.

La cruz, la cruz latina para ser absolutamente precisos, es más esquelética, más sumaria que el Indalo, pero mientras éste es sucintamente fiel a su modelo, aquélla lo suplanta de manera metafórica, simbólica. Con menos líneas representa lo mismo, el hombre.

La figura del Indalo por su parte, ostenta un rasgo muy singular, y es ese arco que circunda su cabeza, uniéndose a los brazos por ambos extremos. Sin esa semi circunferencia sería como cualquier dibujo “de palo” de los cuadernos escolares. ¿Arco de caza del hombre primitivo? ¿Por qué no una pose de danza? Se ha especulado sobre su significado y se seguirá especulando ya que no es elemento identificable concreto e indiscutible. Artísticamente, sin embargo, es un componente de agraciada originalidad.

Del emblema que conocemos con el nombre de “Indalo” sorprende su creciente difusión y popularidad. Adoptado a mediados de los años cuarenta del siglo pasado por el círculo de artistas almerienses que lo convirtieron en su santo y seña, los “Indalianos”, su notoriedad no ha hecho más que crecer, llegando a ser un apreciado símbolo artístico que se incorpora una gran variedad de objetos más o menos utilitarios.

Está escrito que en sus primeros encuentros aquel círculo de artistas se preocupó muy pronto por adoptar un emblema distintivo. ¿Por qué eligieron el Indalo, un símbolo totémico? ¿Por qué no una marca alusiva a la cultura clásica, grecorromana? ¿Por qué no un distintivo inspirado en el rico patrimonio del arte desde la Edad Media hasta el siglo XX? Se podría elucubrar y hasta fundamentar explicaciones al respecto, pero no se puede negar fuerza al hecho de que uno de los más sabios integrantes del grupo, Juan Cuadrado, había sido colaborador del ilustre arqueólogo Luis Siret y estaba empapado del patrimonio ibérico que constituye la cultura del Algar. El Indalo, que al parecer él mismo propuso como enseña del grupo, le era una figura bien conocida.

En el panorama de las escuelas pictóricas de posguerra los indalianos ocupan un destacado lugar, admirándonos cada vez más la vocación, el talento y el tesón con que lograron afianzarse y triunfar en décadas de tribulación y penuria. El emblema que adoptaron es heraldo del prestigio de que gozan, pero el Indalo hace tiempo que rompió su cordón umbilical. La provincia de Almería lo ha convertido en su símbolo. Ha saltado a la categoría de tótem entrañable, vagamente enigmático y mágico, y con estos atributos y su original diseño ha traspasado todas las fronteras del mundo. El mensajero ha pasado a ser protagonista, el símbolo se ha emancipado, circula y cabalga por su cuenta. Como don Quijote, sobre quien a veces hay que señalar-fuera de España sobre todo-que lo concibió un tal Miguel de Cervantes.

Madrid, 27-9-07